

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	6 reales.
Por tres id.	16
Por seis id.	32
Por un año.	60

La suscripción empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion, dirigirse al Administrador D. Sebastian Casellas y Segura.



PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, directamente en la Administracion.	24 reales
Por comisionado.	26
ULTRAMAR Y ESTRANJERO, un año, 6 pesos.	

La suscripción empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya recibido en esta Administracion en letra ó sellos de franqueo.

GIL BLAS.

ADVERTENCIAS.

Los suscritores de provincias, cuyo abono termina en noviembre, se servirán renovarlo oportunamente si no quieren experimentar retraso. La administracion tiene que dar de baja al que no haya renovado la suscripcion para el primer reparto del mes próximo.

Como suelen estraviarse muchas cartas con sellos, creemos que el medio mas seguro es una libranza sobre el giro mútuo ó sobre cualquiera casa de comercio de esta corte.

Con el presente número termina GIL BLAS un año de vida, primero de su publicacion.

Puede decirse que ha sido un año de combate.

A pesar de haber reimpresso algunos números, no existen colecciones completas.

CHISMOGRAFIA.

Hace ocho dias hubo una gran parada.
Una grandísima parada.
Una parada... estrepitosa.
Los cuerpos de la guarnicion se presentaron en la plaza pública de veinticinco alfileres.
Estoy ya de cuerpos hasta la nuez.
No se encuentra un cuerpo bueno ni por un ojo de la cara.
Cuando no son los Cuerpos Colegisladores los que vienen á quitarle á uno las ganas de comer, los cuerpos de la guarnicion vienen á darle á uno ganas de... dormir.
Las grandes paradas, siempre preceden á las grandes corridas.
Por eso el otro dia, cuando ví á los soldaditos por las calles y al general Serrano hecho un señorito, de toda gala, apreté á correr y no paré hasta mi casa, donde me estrellé contra una columna de *La Correspondencia*.
Por ella, y por la voz del país que murmuraba, su-

pe la grave noticia de la prision de uno de mis amigos, de un compañero de fatigas, ya que las glorias no se acercan por nuestra casa desde que se trata de acabar con la fatal manía de pensar libremente.

La cárcel del Saladero va siendo una colonia literaria: el Sr. Segovia puede ver realizada su *utopia*. El Saladero será dentro de poco la Arcadia madrileña. No ha de haber literato que no tenga allí una jaula por donde pueda sacar la patita el dia menos pensado.

Los diarios del gobierno aseguran que á los presos se les trata con mucha consideracion y respeto.

¡Pues no faltaba mas!

Sin querer, me acuerdo de unos versos del *Alcalde de Zalamea*:

Y aquí, para entre los dos,
si hallo hartos paños, en efeto,
con muchísimo respeto
¡os he de ahorcar, juro á Dios!

¡Válgame el cielo, y qué semana! Entre los presos políticos y otros escesos, no nos hemos dado momento de reposo.

Todo ha sufrido variacion y reforma. Hasta la moda.

Los periodistas ya no usan cadena de oro para el reloj, eso es muy antiguo. Están en boga las de crímenes, ó las cadenas perpétuas. Esto es lo que priva. ¡Vaya si priva! Hasta de salir á la calle les ha privado á algunos.

Las señoras han comenzado á usar abrigos *Autran* de color dudoso, y vestidos *Situacion*, con muchos bolsillos.

El general O'Donnell se ha puesto sobre el corazon un papel con estas palabras: *No se permite fijar carteles*.

Y cate Vd. que á los pocos dias se le prohíbe á GIL BLAS publicar el cartel de su *Almanaque*.

¿Qué quiere decir esto?

Que el cartel de GIL BLAS iba derecho al corazon del gobierno.

¡Ah! ¡Qué semana!

Esta ha sido la semana *nonc santa*.

Va el público al Teatro Real, y silba como una serpiente.

Va á ver unas *serpientes* en un lago, y silba como un condenado.

Se marcha Posada Herrera á la Granja, y baja el precio del betun en Madrid. ¡Qué país, señores!

Aquí va á haber algo gordo. Desde el criterio del censor de teatros hasta la buena fé del partido moderado, todo anuncia una decadencia tremebunda.

El que no está preso, lo andan buscando.

A propósito de esto, voy á recomendar á Vds. un gran recurso para huir el bulto á la justicia.

Un amigo mio, periodista, teme que le echen mano el dia menos pensado, y ha ideado un precioso medio de burlar á sus perseguidores.

Mi amigo vive en una fonda, y ha hecho lo siguiente: sobre la puerta de su cuarto ha pintado el número 100, y se ha propuesto no salir en un mes ó dos de su madriguera. Llega cualquiera á la puerta, y en

cuanto mi amigo oye ruido, grita con voz un poco turbada: *¡Está ocupado!*

De esta manera no hay medio de que le sorprendan. Hablemos un poco de literatura.

El círculo de la *Armonia* ha reanudado sus tareas.

Yo siempre he tenido á ese círculo por un círculo vicioso; pero como los periódicos absolutistas aseguran que Necedal y otros *frioleros* forman parte de tan escogida reunion, voy creyendo que me he equivocado.

En la última sesion celebrada por los armónicos jóvenes, ó mejor dicho, en la primera, ha habido grandes cosas.

El Sr. Ortí y Lara pronunció un discurso de los de viva mi dueño.

En él probó «que si el rey de Roma no come calamares, él se tiene la culpa; y que si la civilizacion ha concluido con los guantes de color de paja, hay una Providencia que vela por los desvalidos.»

Un concurrente, que llevaba guantes *paja*, se comió los puños.

En resumen; lo ocurrido en Madrid en ocho dias, da mucho que pensar á cualquiera que no lea *El Pensamiento*.

—¿A dónde vamos á parar? me preguntaba el otro dia un colega.

—¡Al Saladero! le respondí en seguida.

—¿Y en qué vendrá á parar esto? volvió á preguntarme.

—Esto no pára; tiene que dar aun muchas vueltas, contesté yo por decir algo.

Eusebio Blasco.

PRESENTACION.

—Buenos dias, señores. ¿Viven aquí unos cuantos españoles?

—Servidores de Vd.

—Muy señores míos. Tengo el honor de presentar-me á Vds.

—Bien venido. ¿Podremos saber quién es Vd.?

—Con mil amores: soy su candidato.

—¿Cómo...?

—De Vds. depende que sea su diputado. A eso vine.

—Pero, caballero, si no tenemos el aquel de conocerle...

—Eso importa poco: lo van Vds. á saber. Soy huérfano involuntario, soy soltero por vocacion y me presento para ver si les represento en las próximas Cortes.

—Caballero...

—No lo soy todavía; pero si Vds. lo desean, venga la diputacion y á los ocho dias me darán una cruz, la que Vds. gusten.

—Decíamos, caballero, que no conociendo antes las ideas de Vd...

—¿Mis ideas? Es verdad. ¿Qué ideas tengo yo? Señores, yo no tengo ni he tenido en mi vida mas que una idea: ser diputado. Vds. necesitan uno como el pan que comen; yo deseo ardientemente serlo, conque... pata.

—Señor candidato...

—Eso, eso; ¿con que me reconocen Vds. por su candidato? Bien. Entonces voy á escribir al ministro que quite al alcalde ó que ponga otro, segun les parezca á ustedes bien.

—No es eso.

—Bueno; pues voy á dar gusto á Vds. no escribiendo al ministro sobre eso. ¿Ven Vds.? Ya comienzo á darles gusto. Conque... vamos á ver: Aquí lo que conviene son caminos. ¿No es verdad? Pues haremos caminos. ¡Ay que caminitos estoy viendo ya! Y recomponer la iglesia, ¿no es eso? ensancharla, prolongarla y revocarla, ¿eh? Pues, nada, nada: ensancharemos, restauraremos y prolongaremos antes de un mes. Precisamente he estudiado con detencion uno de los párrafos mas á propósito para conmovier á un ministro en el caso de querer que libre fondos para restaurar una iglesia rural. Si quieren Vds., voy á recitarlo.

—Pero, señor, si Vd...

—¿Qué? ¿Si yo tengo reparo? Ninguno. ¡Si lo sé de memoria seis legislaturas há! Oigan Vds.: «¿Pues qué, señor ministro, el templo, la casa del Señor, puede continuar como hasta aquí? Rodeada de charcos infectos, zapada en sus cimientos por estériles malezas... (Junto á la iglesia de Vds. veo que hay higos chumbos; variaré esta espresion y diré): zapada por los higos chumbos, y á dos pasos del infierno, que no merece otro nombre la escuela inmediata, sus venerables paredes reciben todas las tardes el vilipendio de los pelotazos que la plebe infantil descarga reiteradamente en ellas.»

Es mucho mas largo lo que pienso decir sobre la iglesia; pero no prosigo por no molestar á Vds. ¡Ah! ahora que me acuerdo, si en vez de restaurar la iglesia prefiriesen Vds. otra cosa, pueden decírmelo sin escrúpulo, porque... no es por alabarme; pero tengo hechos discursos para todas las necesidades de los pueblos: he dicho el de la iglesia, porque ahora esos son los que tienen mas salida, pero no por eso me niego á trabajar en otro ramo: ¿á qué está uno? Eso ha de ser á gusto de Vds. ¿Tienen Vds. bastantes estancos? ¿Quieren invalidar el último encabezamiento? ¿Les convendría mudar alguna cabeza de distrito? Hay... así... la verdad, ¿hay algo queremendar en las cuentas municipales? No se queden Vds. cortos, porque me ofendería.

—Caballero, Vd. es...

—Candidato.

—Usted es muy amable: pero el señor gobernador de la provincia nos ha favorecido ya presentándonos un diputado...

—¿Ya? ¿Cómo se llama?

—Don Magin...

—¿Don Magin? ¡Quiá! ¡Pero si D. Magin es un diputado de lance! ¡Si ha servido á cincuenta distritos...! ¡está muy usado! Yo en cambio les propongo que me entrenen. D. Magin no tiene voz: ¿han oido ustedes mi voz? ¿se han hecho Vds. cargo de mi voz? oigan Vds.: do...do...do...la...la...si...do...la...si... ¿Eh? digo, ¡qué órgano! y que no tiene el niño un pariente obispo... ¡obispo, sí señores, obispo! ¿Con que haremos algo?

—Señor candidato, si Vd. nos deja hablar, le diremos que el discurso, el obispo y el órgano de Vd., nos llenan de júbilo; pero el señor gobernador nos ha ofrecido á D. Magin...

—Si, pero...

—Y le hemos aceptado, y tenemos ya compromiso por cartas, y no podemos volvernos atrás.

—Ah... bien; yo lo decia... porque por si podíamos convenirnos. Nada, quiere decir que si D. Magin no hace prueba y para otra legislatura les convengo, podremos entendernos. Aunque sea molestia... ¿Me saben Vds. decir si por ahí cerca necesitan candidato?

—Si, señor: eche Vd. á la izquierda y á siete leguas mas abajo encontrará Vd. una poblacion aquejada de esa dolencia.

—Voy volando.

—Buenos días. ¿Viven aquí unos cuantos españoles?

Roberto Robert.

FRAGMENTO DE UN DRAMA VICALVARISTA.

Dedicado á mi amigo Javier Ramirez.

.....
Soñaba yo que en deliciosa noche, cerca del barranquillo que rodea tu modesta prision, contigo estaba. Solo el rumor de perezoso coche el silencio turbaba de aquel Eden de literatos lleno, donde con el reposo de los justos, el malo como el bueno duermen, libres de penas y disgustos. ¡Ay, Javier! ¡Quién diria que el que ayer con nosotros conspiraba á sitio tan vulgar nos llevaria! ¿Te acuerdas? De las leyes militares él quebrantó los fallos, llevó cirios al pie de los altares, y á la Asamblea nacional caballos; tiñó de sangre roja los cármes de Loja, de Badajoz en la llanura ardiente bárbara pena impuso al inocente, y desde Baracaldo hasta Pamplona génio del mal la fama le pregona. Siempre de España en mengua movió la mano, ó desató la lengua, pues con lengua y con mano mata la libertad... y el castellano. ¡Ese es el caballero hoy de la paz y el orden tan amigo, que te llevó, Javier, al Saladero, y que á otros varios llevará contigo!

.....
Conozco que al hablar de cosas tales se aviva de mis penas el rescoldo, y diera hasta mil reales por no tener que hablar de D. Leopoldo, aunque en balde los diera si hablaba luego de Posada Herrera; decia, pues, decia que el tiempo está muy malo, y que se acerca el dia en que faltando pan, sobraré palo. Si de aquí para entonces no has vuelto á ver el sol y sí la luna, en mármoles y broncees escribe tu desgracia y tu fortuna. Pues, ó turbio yo veo, y la ilusion política me engaña, ó á un lado el rós, y al otro el solideo, se va á armar un jaleo de lo mejor que se bailó en España.

M. del Palacio.

UN MINISTRO EN BUSCA DE SU CONCIENCIA.

CUENTO FANTASTICO-MORAL.

Dicen que el señor ministro de la Gobernacion tiene un libro.

Esto que pareceria *grilla* tratándose de O'Donnell, al referirse á Posada Herrera parece tan cierto como que mi editor está en el Saladero y que la semana próxima pu ede estarlo un servidor de Vds.

El libro del ministro de la Gobernacion encierra grandes tesoros de sensibilidad.

Precisamente toda la que falta al Sr. Posada, porque se la deja siempre en el tintero.

Allá, á las altas horas de la noche, cuando solo circulan por las calles los perros sin cédula de vecindad y la policia que va á prender editores, el Sr. Posada Herrera se encierra en su cuarto.

Se rasca la oreja, que le crece un palmo.

Se tienta la muela del juicio para saber si le queda algo.

Se pasa la mano por la cabeza sin hallar un pelo de tonto.

Y se dice:

Vamos á cuentas.

En estas hojas está mi conciencia.

Voy á echar un párrafo con ella, ahora que nadie nos oye.

A ver que dice aquí:

—De cuando yo era progresista.

¡Diablo! no es esto. Adelante.

—De cuando yo era moderado.

Tampoco. Hoy no encuentro lo que busco.

—De cuando vendí á los mode.... y pasé á la union liberal.

Esto es muy viejo. Yo busco mi conciencia, quiero hablar con ella para preguntarla si está satisfecha de mí.

Busquemos en las últimas hojas.

Aquí aparece el mes de julio; justamente, cuando yo subí al ministerio... ¡Qué contento estaba yo entonces, y qué alegre mi conciencia!

Voy á leer:

En el Congreso.

¡Me han aplaudido! En un principio lo creí broma, pero mis amigos de confianza me lo hicieron creer luego. ¡Aplaudido yo, y por liberal! Preciso es confesar que los españoles se las tragan como ruedas de molino. Es verdad que hablé en favor de la libertad científica con un desparpajo... También hablé de la libertad de imprenta, que yo creia que debia ser entera, y no á medias como hasta aquí la hemos tenido.

Al decir esto, lo confieso, creí que me silbarian... ¡Incautos! Mas que incautos, ¡inocerontes!

Si he cumplido ó no mi palabra, darán razon los que están en el Saladero.

Veamos todavía mas adelante:

—La cuestion del cólera.

Hombre, tengo curiosidad por saber lo que yo opinaba en aquellos terribles dias.

(Lee):

Me duele la cabeza... ¡ay, ay! un retortijon... ¿A que ya lo tengo? ¿Qué hora será? Ayer murieron ciento y la madre, digo la madre, porque uno se suicidó. ¿Y quieren que vaya yo á visitar los hospitales? ¡Que vaya el demonio! Siento un olor.... ¿Si no habrán desinfectado hoy bien...? (Llamando). ¡A ver, portero!

El portero. —¿Llama V. E.?

—Que venga el oficial de secretaría.

Al poco rato entra el oficial.

—Señor mio, ¿qué noticias corren?

—Malas, Excmo. Sr. Acaba de enviar un recado el general O'Donnell para V. E. diciendo que si V. E. quiere puede señalar la hora en que han de ir los dos á visitar los hospitales.

—La hora del juicio. Yo no visito mas que á mis amigos, y lo que es el hospital creo que no sea amigo mio ni de ningun ministro. ¡Digo yo! Por lo demás, puede Vd. decir al general O'Donnell que nuestra mision en el gobierno no ha sido nunca la de contribuir á que viva el que va á morir, sino muy al contrario, la de contribuir á que muera hoy el que debia de morir mañana.

El portero (aparte). —¡Y que ze muerde la lengua este D. Jozé! ¡Caracoles!

Este trozo está copiado con fidelidad, pero tampoco está aquí mi conciencia.

En esto se oye fuera una fuerte carcajada.

Mas retumbante que la del *Eco del Torrente*, aquella carcajada llamó la atencion del ministro.

—Me parece conocer ese sonido, exclamó, y se asomó á una puerta que daba á un largo corredor.

Por aquel corredor pasaba un bulto con su cuba de agua. Al ver la desencajada figura del ministro, el bulto volvió á soltar otra carcajada.

—¿De qué te ries, imbécil?

—El imbécil lo será él, que busca á su conciencia cuando me la vendió en Asturias por una libra de manzanas!

Y la vision de la cuba desapareció por encanto.

Y nuestro héroe murmuraba cayendo en la poltrona:

—¡Lo habia olvidado! Si la vendí de estudiante, ¿cómo la he de encontrar de ministro?

MORALIDAD.

El hombre que ha ofrecido mas libertad á la prensa, es el que lleva mas periodistas á la cárcel.

Luis Rivera.



RATONERA PARA CAZAR PERIODICOS.

- Ya tenemos cuatro..... cinco.....
 —¡Y los que caerán!
 —La misma ley que ellos invocan, les sirve de queso. ¿Cómo se gobierna Vd. para conseguirlo?
 —Compañero; el que hizo la ley, hizo la trampa.



Relieve de Castell

LA VUELTA A MADRID.

- ¡Casar yo con español y mi marido traerme á una villa que hay mucho de colerrá!
 —Mujer, si ya han cantado el *Te-Deum*.
 —¿No desir tú que los periodistas caer á presente como chinches?
 —Ese es el gobierno, no el cólera.
 —¡Mon Dieu, quel pays! ¡Le gobierno ser beaucoup peor que le colerrá!

PÁRRAFOS.

— ¡Oh, querido Eusebio!

— Hola, amigo mio, ¿cómo andamos?

— Así, de medio lado. ¿Y GIL BLAS?

— ¡Fuerte! Dispuesto á dar desazones.

— Me alegro mucho. Hombre, cuénteme Vd. algo, ¿qué hay de cosas?

— Poquito y malo. Ya sabrá Vd. la prision de Javier Ramirez.

— Hombre, sí; ¿y por qué ha sido eso?

— Por haber escrito un artículo....

— ¿Titulado...?

— Como leales.

— Ya, ya; de modo que no se puede ser leal....

— Así parece. Javier Ramirez va á escribir otro artículo lleno de verdades; un poco novelesco, con bandidos, hipócritas, traidores, favoritos y cosas por el estilo.

— ¿Sabe Vd. cuál va á ser su título?

— Como vicalvaristas.

— Dígame Vd., ¿es verdad que Enrique Escrich publica una novela titulada *La esposa mártir*?

— Sí señor, yo tengo la primera entrega.

— ¿Y por qué se llama así la novela? Tengo yo curiosidad de saber... *La esposa mártir*... no adivino.

— ¡Ah! es muy sencillo. Un marido hace leer á su muger todos los dias dos veces los artículos del Padre Sanchez.

— ¡Comprendo el título!

— Ay amigo, tengo que dar á Vd. una grave noticia!

— Soy todo oídos.

— Tenemos otra vez el cólera en Madrid.

— ¿De veras?

— De veras. El día 22 hubo dos mil casos.

— ¡Pero hombre!

— Como Vd. lo oye.

— ¡Ah! espere Vd.... ha dicho Vd. el día veintidos?

— Sí.

— ¿Sabe Vd. á qué hora comenzó á notarse el resquebrajamiento?

— Creo que fué entre ocho y nueve de la noche.

— ¡Toma, toma! Ya lo creo. A esa hora entraba Don Ramon Narvaez en Madrid.

— ¡Todo se explica!

— Pues señor, ha de saber Vd. que Tenorio ha dado una caída.

— ¿En blando?

— No señor; en duro.

— Lo siento.

— Y vea Vd. qué cosa tan particular, hombre. Desde que se ha sabido esto en Madrid, todos los pollos andan en un pié.

— ¡Si este es el país de las monas!

— A propósito de países. Mire Vd. qué carta he recibido ayer tarde de un amigo mio que está en un pueblo á pocas leguas de Madrid.

«Estamos enterrados en nieve, y es tal el frío que hace, que todos los corazones se han helado. Pásmate; hay hombre que quiere volverse á Madrid; pero temeroso de que le dé el cólera, dice *caramba, nó!* y á fuerza de repetir esto, está hecho un *carámbano*».

— ¿Qué ha oído Vd. acerca de la venida de D. Ramon á Madrid?

— He oído que al preguntarle un amigo suyo á qué venia, respondió:

— «Vengo á buscá lo que me dejé en el último viaje.»

— ¿Se dejó la peluca?

— Nó: se dejó el rabo por desollar y está decidido á arrimarse á la cola mas que nunca.

— Me encuentro en un grave apuro, amigo mio.

— ¿Pues cómo así?

— Me han asegurado que van á prender á todos los que hablaron en el teatro del Circo.

— ¿Y bien?

— Yo estuve hablando toda la tarde.

— No le oí á Vd.

— No es extraño, porque estuve en un pasillo.

— Pues entonces...

— Sí, hombre, hablando con un amigo.

— Me podría Vd. decir quién era el amigo con quien estuvo Vd. hablando?

— El padre Sanchez.

— En ese caso deben prenderle á Vd. Es un crimen hablar con las paredes.

— Si Vd. tuviera un *amigo de confianza*, ¿qué haría con él?

— Lo sentaría en *La silla de espinas*.

— ¿No encuentra Vd. otro *suplicio* mas apropiado?

— Sí señor, el de *una muger*.

— ¿De cuál, de cuál?

— De la de *Ulises*.

Eusebio Blasco.

CABOS SUELTOS.

Candidato de la union Escobar se presentaba, y la union le preparaba un terrible revolcon.

Si de su ventura el plazo en esto vino á parar, ¡oremos por Escobar, que murió de un *escobazo*!

Un periódico moderado se ha propuesto dar á conocer la servidumbre de palacio, y ha dado principio con la semblanza del médico Sr. Corral.

El trabajo nos parece perfectamente inútil: el que sirve, no tiene que agradar mas que al amo.

Algunos amigos de D. Leopoldo han observado que desde que ha vuelto de la Granja no se rie.

¿Si conocerá al fin que ha trabajado para el *obispo*?

Todos los gatos son *pardos* de noche, dice un proverbio, y hay noches en que tambien todos los *pardos* son *negros*.

En una reunion de electores independientes se ha propuesto como candidato al Sr. Frontaura.

¿Qué dirá de esto *El Cascabel*?

No puedo olvidarme de D. Ignacio Escobar, director de *La Epoca*, presentándose candidato ministerial.

¡Pero señor, que nunca hemos de saber á qué partido pertenece *La Epoca*!

Ignacio, vamos despacio á aclarar tu situacion: ¿ayer de la oposicion y hoy vicalvarista, Ignacio? Eres en mudar muy ágil, eres en sacar, sangria, eres, en fin, mercancía que lleva en la panza: *frágil*.

Ignoramos las infinitas multas y denuncias que tenemos encima.

Poco mas ó menos, suben á sesenta años de presidio los pedidos por el fiscal contra el editor y los redactores de GIL BLAS.

Siguiendo la marcha emprendida, pronto escribirán sus artículos en el Saladero Blasco, Palacio, Rivera y Robert.

Por lo que respecta á Palacio, promete escribir en

la cárcel un libro que hará fortuna, imitando al célebre autor de *Francesca de Rimini*.

El libro de Palacio se llamará:

MIS PRISIONES.

Memorias de Silbo y Pellizco.

— ¿Ha visto Vd. el *suplicio de una muger*?

— He visto el de dos mil.

— ¿Cómo?

— Sí, he visto dos mil mujeres que iban al *Suplicio*.

— ¿Y qué suplicio deben dar los maridos á las mugeres que hacen lo que la heroína del drama?

— Hombre, eso no admite duda; el del *garrote*.

El general Narvaez, dice un periódico, tuvo que hacer cama en cuanto llegó á Madrid.

¿Qué apostamos, digo yo, á que el general Narvaez, está haciendo la cama para que se acueste otro?

— Se ha puesto á la venta el *gorro de mi abuelo*.

— Hombre, ¿con que se ha puesto el *gorro*?

— Sí señor; es la peluca de D. Ramon forrada en seda.

— ¿Y para qué sirve eso?

— Para que se disfracen los hombres del cuarto partido.

— Los editores están presos.

— ¿Quién es ella? como se dice en la comedia de Breton.

— Javier Ramirez está preso.

— ¿Quién es ella?

— *La Iberia* ha sido denunciada.

— ¿Quién es ella?

— ¿Quién ha de ser, hombre, quién ha de ser! la enfermedad reinante, que nos tiene á todos trastornados.

Se anuncia la aparicion de tres periódicos políticos:

El Estandarte Real, absolutista.

La Sopa Boba, moderado vergonzante.

La Dinastia, que siempre está saliendo y siempre encuentra dificultades.

— ¿Tres mas? ha dicho D. Leopoldo. ¿Qué me importa? Todos caben en el Saladero.

DOS GRIEGOS.

Epaminondas.— ¡Jóven ateniense, choca!

El jóven ateniense.— Epaminondas, no quiero.

Epaminondas.— ¡Mardeso! ¿vas tú á ser er que á mí me quite er queso?

Jóven.— Si no vales dos cominos...

Epaminondas.— ¿Qué no vargo? ¡y tengo un génio!

Jóven.— Mas génio tiene mi jaco, pero está, como tú, viejo.

El Sr. D. Emilio Bravo, juez que ha llevado á la cárcel tres editores y un periodista, acaba de ser nombrado presidente de Sala de la Audiencia de la Habana.

¡Cielos santo! si esto le hacen ahora, ¿qué no le harán cuando nos haya preso á todos?

La funcion religiosa dispuesta por la Junta municipal del distrito de Palacio en accion de gracias por la desaparicion del cólera, ha sido prohibida á instancia del padre Cirilo.

Si se hubiera tratado de una funcion de guerra, quizás hubiera sido mas condescendiente.

Dícese que la causa principal de la prohibicion ha sido la de que al actual primado de las Españas, y antiguo cabecilla, no le gusta oír voces de mujeres en el coro.

Conviene advertir que estas mujeres eran varias señoras muy conocidas en la alta sociedad de Madrid, que en union de la orquesta y los coros del Teatro Real, se prestaban á ejecutar la música sagrada.

Parece, en efecto, que el padre Cirilo tiene horror á las voces de mujer, de algun tiempo á esta parte.

Una pregunta se me ocurre: ¿la conciencia es mujer?

— Hombre, si no es mujer, por lo menos pertenece al género femenino.

— Pues vea Vd. explicado lo del horror.

EDITOR RESPONSABLE, J. ANTONIO GARCIA.

Imprenta del mismo, Almirante, 7, bajo.
MADRID.—1865.